

En el centenario de Humboldt

Escribe: GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

— I —

HUMBOLDT Y MUTIS

Los cinco años empleados por el Barón Alejandro de Humboldt en sus exploraciones de los dominios españoles de ultramar, en compañía de su *alter ego*, meritísimo Aimé Bonpland, constituyen, como lo expresó uno de sus biógrafos, “la empresa más grandiosa de un particular alemán y un sacrificio hecho únicamente en interés de las ciencias”.

Viajero infatigable y entusiasta hasta la emoción poética cuando sus pasos lo condujeron por florestas, bosques, ríos y montañas de nadie conocidos. Los problemas que la física, la geografía, la geología, la botánica y la astronomía le planteaban en el mundo tropical, fueron la base de sus grandes concepciones científicas, a las que dedicó el resto de su dilatada y feliz existencia y que se resumen en su *Kosmos* maravilloso. Conoció toda suerte de privaciones, sometió a pruebas increíbles su aparente falta de vigor, cortejó la muerte con la osadía de su juventud; recogió ingentes tesoros de la naturaleza americana y, en todas partes, dejó huella inolvidable de su desinterés, su generosidad y su sabiduría.

El perfecto equilibrio anímico que lo distinguió, la alegría ingénita de su carácter, su amor a toda belleza, su sentimiento de artista verdadero le convirtieron en el centro de una sociedad criolla que al amanecer del siglo XIX, tenía el encanto de

la doncella pudorosa. Su genio científico jamás sacrificó la propia calidad humana de quien ostentaba aristocrático título, menos por herencia familiar cuanto por su natural manera de exquisita cortesanía.

Quienes una vez le conocieron u oyeron hablar de las cualidades que lo adornaban, nunca lo olvidaron, menos aún en nuestra América donde el nombre de Humboldt lo proclama para siempre la corriente antártica, como él viajera infatigable y como él portadora de dones que va regando en su camino.

Buscador de tesoros científicos al descubrir en Cartagena de Indias la existencia en Santa Fe de Bogotá de don José Celestino Mutis, no dudó un momento en cambiar su itinerario y confiar su destino al lento capricho del río grande de la Magdalena y a la fatiga agobiadora de la cordillera andina. Dejaba el trillado pasaje del Istmo de Panamá, pero ese cambio de dirección, adoptado con felicidad, fuera de conducirlo a la amistad inapreciable de Mutis le brindó la ocasión, según sus palabras, “de trazar el mapa del río Magdalena, de determinar astronómicamente la posición de ochenta puntos situados en el interior de las tierras entre Cartagena y Popayán, los cursos superiores del Amazonas y Lima, de reconocer el error de la longitud de Quito, de recoger varios millares de plantas nuevas y de observar sobre una vasta escala las conexiones que ofrecen las rocas de pórfido sienítico y de aracito con el fuego de los volcanes. . . Hasta esta época ningún viajero había emprendido describir la Nueva Granada, y el público, excepto España, no conocía la navegación del Magdalena sino por algunas líneas trazadas por Bouger”.

En la ciudad murada neogranadina a la que le condujo su búsqueda del istmo para proseguir su viaje, con el fin de incorporarse a la expedición marítima del capitán Baudin, en la que se habían alistado los dos exploradores, tuvo la fortuna de encontrarse con el geógrafo y marino español Fidalgo, el ingeniero militar Esquiaqui, el mejicano Ignacio Cavero y, lo más valioso para los viajeros, hacerse a la amistad indeficiente de un gran prócer, protector de las ciencias, acaudalado en bienes y más rico aún en cualidades ciudadanas e intelectuales; estudioso por demás, promotor de variadas iniciativas para estímulo del desarrollo del Nuevo Reino de Granada; con relaciones sociales, científicas y comerciales en casi toda Hispanoamérica, que

fueron puestas por don José Ignacio de Pombo al servicio de Humboldt y Bonpland, acreedores a la generosa hospitalidad de que fueron objeto y pudieron ufanarse durante su estancia en las Américas.

Un pasaporte real expedido en Aranjuez el 7 de mayo de 1799, que era algo más que uno de tantos documentos usuales, abrió con liberalidad a los ilustres exploradores el secreto mundo ultramarino español. Era un mandato de S. M. Carlos IV a sus representantes, de ayudar y permitir al Consejero Superior de Minas de S. M. el rey de Prusia, “el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue útiles como también el coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de estos y hacer las observaciones astronómicas... y dar al expresado don Federico y a su Ayudante todo el favor, auxilio y protección que necesitasen”. Más, en la culta sociedad criolla valía más que todo la prestancia intelectual de entrambos jóvenes, la respetabilidad de los conocimientos acumulados a tan temprana edad, que les hizo acreedores, desde el primer momento, al tratamiento de sabios.

Don José Ignacio de Pombo les brindó gustosísimo su casa de campo de Turbaco en cuyos aledaños la flora tropical ostentaba su grandeza. Jamás se borrarían de la memoria del prusiano aquellos días de apacible laborar: “La permanencia que hicimos en Turbaco, dice años después, fue de las más agradables y de las más útiles para nuestras colecciones botánicas. Aun hoy, después de un largo intervalo de tiempo, regresando de las orillas del Obi y de los confines de la Dzungaria chilena, estas florestas de bambúes, esta salvaje abundancia del suelo, estas orquídeas tapizando los viejos troncos de icotea y de higuera de la India, este aspecto majestuoso de montañas nevadas; esta brisa ligera cubriendo a la salida del sol el fondo de los valles; estos boscajes de árboles gigantescos que se lanzan como islotes de verdura por encima de un mar de vapores, se representan sin cesar a mi imaginación. Nuestra vida en Turbaco era sencilla y laboriosa: jóvenes, unidos en gustos y caracteres, siempre llenos de esperanzas en el porvenir, en vísperas de un viaje que debía conducirnos a las más altas cimas de los Andes, a la vista de volcanes inflamados, en un país perpetuamente agitado por temblores de tierra, nos sentíamos más felices que en ninguna otra época de nuestra lejana expedición. Los años que

se han deslizado después, no todos exentos de esas amarguras y de penas, han aumentado los encantos de esas impresiones, y gozo en creer que, del fondo de su destierro, en el hemisferio austral, en las soledades del Paraguay, mi desgraciado amigo el señor Bonpland recordará aún muchas veces con delicia nuestras herborizaciones de Turbaco, de la pequeña fuente de Torre-cilla, de la primera vista de una *Gustavia* en flor o de la *Cavanillesia* cargada de frutas de castilla membranosas y diáfanas”.

De aquí, de tan inolvidables lugares prosiguieron su camino por el Canal del Dique hasta encontrar el turbulento Magdalena cuyas aguas caprichosas les conducirían a la Villa de Honda desde donde emprenderían el difícil camino de herradura de Rióseco, hasta dejarlos en el altiplano. Aquí, en Santafé de Bogotá, la metrópoli neogranadina, les esperaba impaciente el gran naturalista don José Celestino Mutis, que desde el mismo momento en que tuvo noticias de su presencia en el virreinato, conoció los grandes títulos que los ilustraban, tan acertadamente calificados por el señor de Pombo, convertido desde entonces en nuncio de los dos célebres viajeros a lo largo de su itinerario de Santafé de Bogotá, Popayán, Quito, Lima, Guayaquil, Méjico y La Habana, hasta donde llegaban las valiosas relaciones del prócer.

Por su parte Humboldt al reanudar su viaje se apresura a escribir al sabio Director de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, objeto determinante de su cambio de ruta; así se deduce de la primera carta de Mutis al Barón, inicio de una amistad, de una mutua devoción que solo la muerte extinguiría.

A las once de la noche del mismo día en que Mutis firmaba tan afectuosa carta, los viajeros dejaban a Turbaco, rumbo al Magdalena. Desde el primer momento la casualidad puso a Humboldt en contacto con los hombres que buscaban la independencia nacional, fundada en el ejercicio de los Derechos del Hombre. Con ellos el doctor Rieux, de regreso de las cárceles españolas, implicado en 1794 en los célebres procesos incoados por la traducción de Nariño, el conato de sedición y los pasquines.

“Se puede imaginar fácilmente, escribe Humboldt, con cuánta emoción el señor de Rieux debía subir ese mismo río que él había descendido encadenado como prisionero de Estado. Lo ha-

bíamos ya encontrado en La Habana, y su compañía nos era tanto más agradable ahora cuanto él estaba acompañado de su hijo, joven de bella esperanza, que amaba dibujar las plantas del natural”.

Más impresionante aún el epílogo de este relato, que parece arrancado de la leyenda heroica :

“Un ciudadano cuyo nombre se ha marcado después en la historia de la revolución de Cundinamarca y que, como Presidente de la República, ha salvado milagrosamente su vida en la batalla perdida de Pasto porque estuvo tres días errante sin alimento en los bosques, fue arrestado al mismo tiempo que el señor de Rieux. Don Antonio Nariño se encontraba detenido en las prisiones de Santafé de Bogotá cuando yo hice la navegación del Magdalena con su hijo, niño de doce años, y con su cuñado el señor Montenegro. Este último había residido largo tiempo en el Chocó y en la provincia de Antioquia a causa del comercio del oro en polvo (el rescate del oro de los lavaderos). El me hizo conocer, el primero antes que nadie, el pequeño canal de La Raspadura y la proximidad en la cual se encuentra el golfo de Cupica a las bocas del Atrato. Fue por un singular azar que el joven hijo de don Antonio Nariño subía el río en una misma canoa con el compañero de infortunio de su padre, al cual el Virrey Mendinueta, cediendo a las solicitudes del célebre botánico señor Mutis, suavizaba la amargura de la prisión, tanto como el rigor de las órdenes de la Corte podía permitirselo. Todo nos hacía esperar entonces la próxima libertad de don Antonio Nariño, uno de los negociantes más instruidos de la América española ; pero él no salió de su prisión de Bocachica sino para ser instalado como primer magistrado de una República naciente y para afrontar el doble peligro de la defensa exterior y de las revueltas civiles. Hay algo de dramático en esa mezcla de infortunio y de éxito que se me perdonará el haber entrado en algunos detalles sobre las personas que nos acompañaron de Turbaco a Santafé. No he visto al señor Nariño en su prisión durante mi residencia en esta última ciudad, pero algunos años más tarde, ya desprendido de sus grandezas republicanas y militares, en el momento en que él se preparaba a volver a su patria para tomar parte en el Congreso de Cúcuta, ha venido a darme las gracias a París por los cuidados que el señor Bonpland y yo habíamos tenido con su hijo, debilitado con las fatigas de la navegación

sobre el río Magdalena. Extraño destino de los hombres que viven en los tiempos en que las grandes agitaciones políticas quebrantan la sociedad humana!”.

No dio el sabio a la luz en el relato histórico de su *Viaje a las regiones equinocciales* las circunstancias de su tránsito a través del virreinato de la Nueva Granada, a pesar del grato recuerdo que le acompañó hasta sus postrimerías, renovado con el trato de colombianos ilustres que le visitaron en su estudio parisiense y berlinés como Nariño, Acosta, Narváez, Roche, Domínguez, Uricoechea y tantos otros. Este diario se conserva y acaba de ser rescatado del olvido por el historiador ecuatoriano Neftalí Zúñiga y por el ilustre Director del Observatorio Astronómico Nacional profesor Arias de Greiff, quien nos brindó las primicias de su trascendental hallazgo. Solo conocíamos hasta ahora sus cartas de América, crónicas llenas de vida, palpitantes por las emociones del momento, trasunto de su euforia espiritual y depósito de tantos de sus descubrimientos en personas, seres y cosas. Esparcidos en muchos lugares de obras suyas tardías con relación a su viaje, quedaron también recuerdo y memorias de este Nuevo Reino de Granada y sus gentes.

A Guillermo su ilustre hermano, le escribe entusiasmado:

“Estoy en extremo feliz. Mi salud es tan buena como nunca lo ha sido, inquebrantable mi valor, mis planes me salen bien y adonde quiera que llego soy recibido con obligante solicitud. Me he adaptado tan bien al Nuevo Mundo, a la vegetación tropical, al color del cielo, a las constelaciones, a la vista de los indios, que la Europa no aparece a mi imaginación sino como un país que vi en mi infancia”.

“El deseo ardiente de ver al gran botánico José Celestino Mutis, amigo de Linneo, que reside en Santafé de Bogotá, y de comparar nuestros herbarios con los de él, y la curiosidad de escalar la inmensa Cordillera de los Andes, que se extiende de Lima (del lado Norte) hasta la embocadura del río Atrato, en el golfo del Darién, a fin de poder trazar por observaciones personales una carta de toda la América del Sur, desde el río Amazonas al Norte, me llevaron a preferir el camino de tierra hacia Quito, más allá de Santafé y Popayán, a la vía marítima por Portobelo, Panamá y Guayaquil. No envié, de consiguiente, sino mis instrumentos más voluminosos, los libros que no necesitaba

y otros objetos por vía marítima, y nos embarcamos en el Magdalena, después de tres semanas que estuvimos en Cartagena”.

“La violencia de las olas y de la poderosa corriente nos retuvieron durante cuarenta y cinco días en el Magdalena, tiempo durante el cual nos vimos siempre entre selvas poco habitadas. No se encuentra casa ni otra habitación humana en una extensión de cuarenta millas francesas. No te digo nada del peligro de los saltos, de los mosquitos, de las tempestades e intemperies que se suceden aquí de una manera no interrumpida e incendian la bóveda celeste todas las noches: te he descrito todo esto detalladamente en muchas otras cartas. Navegamos de esta manera hasta Honda, a cinco grados de latitud norte. Dibujé el plan topográfico del río en cuatro hojas, de las cuales el Virrey guardó una copia; dibujé curvas de nivel barométrico de Cartagena a Santafé, estudié el estado del aire en cuatro lugares, pues mis eudiómetros están todos bien; ninguno de mis costosos instrumentos se ha roto. A su regreso a Francia, Bouguer recorrió el Magdalena de bajada: no llevaba ningún instrumento consigo. Visité las minas de Mariquita y Santa Ana, donde D’Elhuyar encontró la muerte...”.

Se detiene en Guaduas en la casa hospitalaria de don Josef de Acosta, cuyo hogar hacía pocos meses alegraba el menor de sus hijos, el más tarde célebre general Joaquín Acosta, ingeniero graduado en París, geógrafo e historiador, a quien tantas veces consultaría Humboldt acerca de la carta geográfica colombiana. Mientras se recuperaba la maltrecha salud del excelente Bonpland, hubo tiempo para recibir allí otra carta de Mutis; que parecía contar las horas que lo separaban de tan esperada visita.

Por fin, recorrida la difícil y tremenda ruta de montaña, avistaron El Aserradero y la “Boca del Monte”, garganta bendecida que se abre para dar rápido acceso a la maravillosa sabana de Bogotá. Horas más tarde la ciudad virreinal estaba de fiesta por tan extraordinaria visita.

“Nuestra llegada a Santafé, escribe el Barón a su hermano, ¡pareció una marcha triunfal! El arzobispo nos envió su coche, y salieron a recibirnos los notables de la ciudad. Se nos ofreció un banquete a dos millas de la ciudad (en Fontibón), y entramos en ella acompañados por más de sesenta personas a caballo. Como se sabía que íbamos a hacer una visita a Mutis —a quien se le guardan grandes consideraciones por su edad avanzada,

por su posición en la Corte y su carácter personal—, se dio cierto brillo a nuestra llegada, honrándolo a él en nosotros. El Virrey, según la etiqueta, no debe comer con nadie en la ciudad; casualmente estaba en su casa de campo en Fucha, y nos invitó a ella. Mutis nos había hecho preparar una casa vecina a la suya, y nos trató con excepcional deferencia. Es un eclesiástico viejo, venerable, de cerca de setenta y dos años, y hombre rico. El Rey gasta en la Expedición Botánica 10.000 pesos anuales. Hace quince años que treinta (sic) pintores trabajan con Mutis; tiene de dos a tres mil dibujos en folio, que son miniaturas, exceptuando la de Banks, de Londres, no he visto biblioteca botánica más grande que la de Mutis”.

En tan breve párrafo resumió el sabio alemán las impresiones de su estancia feliz, de dos meses, como huésped inolvidable del ilustre y venerable Director de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. El anciano cautivó para siempre a Humboldt y a Bonpland. Delante de los atónitos viajeros desplegó sus tesoros de ciencia; como ningunos eran ellos los más calificados para valorar la tarea realizada en tantos años. Día tras día debieron dialogar infatigables estos tres hombres jamás satisfechos de su quehacer; soñando Mutis con nuevas empresas científicas y los dos exploradores acrecentando sabiduría y experiencia. Delante de ellos el patriarca cuya amistad con Linneo los unía a tan gloriosa época del mundo científico; amplia ruta abierta por el maestro sueco, continuada y rectificada por Mutis, el español-americano, brindaba a ellos ahora para proseguir con la plenitud mental del siglo XIX. Pronto para dar, Mutis los abrumó de cariño y de regalos entre los que figuraron más de un centenar de esas preciosas láminas, ufanía de la flora universal.

Humboldt proclamaría en todas partes su gratitud y en lo venidero se convertiría en el panegirista y defensor de quien desde el primer momento le mereció el dictado de “patriarca de los botánicos”. Lo veneró, honró y recordó siempre. A muchas leguas del anciano maestro, a quien no volvería a ver jamás, en importantes comunicaciones al Instituto de Francia, al sabio Delambre, a Cavanilles, Director del Real Jardín Botánico de Madrid, expresó, sincero y justo, el aprecio que le mereció y la gratitud por el honor de su amistad, de todo lo cual daría público testimonio en obras científicas que honran la ciencia universal.

Lustros más tarde evocaría así la inolvidable memoria de José Celestino Mutis:

“El hombre que durante cuarenta y ocho años de trabajos en el Nuevo Mundo, desplegó tan asombrosa actividad, estaba dotado por la naturaleza de la más feliz constitución física. Su conversación era tan variada como los objetos de sus estudios. Si algunas veces hablaba con calor, le gustaba también practicar el arte de escuchar, a que tanta importancia daba Fontenelle, y que tan rara vez veía en su tiempo. Aunque muy ocupado de una ciencia que hace necesario el estudio más minucioso de la organización, Mutis jamás perdía de vista los grandes problemas de la física del mundo. Había recorrido las cordilleras con el barómetro en la mano; había determinado la temperatura media de estas planicies que forman como islotes en medio del océano aéreo; y admirado del aspecto de la vegetación, que varía a proporción que se desciende a los valles, o que se sube a las cimas heladas de los Andes, todas las cuestiones que se conexionan con la geografía de las plantas le interesaban vivamente, y casi trató de conocer los límites más o menos próximos entre los cuales se encuentran confundidas, en la pendiente de las montañas, las diferentes especies de *cinchona*. Este gusto por las ciencias físicas, esta curiosidad activa que se dirige a inquirir la explicación de los fenómenos de la organización y de la meteorología, mantuvieron en él todo su vigor, hasta el último momento de su vida. Nada prueba mejor la superioridad de su talento que el entusiasmo con que recibía la noticia de un descubrimiento importante. No había visto los laboratorios químicos desde 1760; y sin embargo, la lectura asidua de las obras de Lavoisier, de Guyton-Morveau y de Fourcroy, le habían sugerido conocimientos muy preciosos sobre el estado de la química moderna. Mutis acogía con bondad a los jóvenes que mostraban disposiciones para el estudio, y les suministraba libros e instrumentos: a sus expensas hizo viajar a muchos de ellos.

“Después de haber hablado de su liberalidad y de los sacrificios que hacía por las ciencias, es inútil ponderar su desinterés. Gozó durante mucho tiempo de la confianza de los Virreyes, que ejercían un poder ilimitado en aquellos países; pero jamás se valió de su crédito sino para ser útil a las ciencias, para hacer conocer el mérito que gusta de permanecer oculto, y para defender con valor la causa del infortunio. No ambicionaba otro suceso que hacer triunfar la verdad y la justicia. Llenó con celo

austero, si puede decirse así, los deberes que le imponía el estado que había abrazado; pero su piedad no buscaba el vano brillo del renombre, era dulce como lo es siempre que se encuentra unida a la sensibilidad del corazón la elevación del carácter”.

Como suceso digno de memoria guardan las crónicas de Bogotá el de la visita de tan célebres científicos. Su juventud, su gentileza y simpatía se adueñó de todos. Llegaban en momentos en que el amor de las ciencias naturales fomentado por el venerable Mutis, era compartido por damas y caballeros de la sociedad. El periodismo, el teatro, la biblioteca pública, la cátedra de matemáticas en el Colegio Mayor del Rosario y los pasados alardes revolucionarios despertaban la sociedad criolla a cuya cabeza la familia de los Marqueses de San Jorge daba el ejemplo en su afán por poseer las ciencias y las artes. Jorge Tadeo Lozano, hermano del Marqués, había regresado hacía poco de España, después de recibir el título de químico, y era decidido por la zoología. En torno a la casa de la Real Expedición Botánica menudeaban los hombres proyectos con los jóvenes procedentes de las diferentes provincias, estudiantes de los dos Colegios Mayores de la capital. Todos competían en sus aficiones científico-literarias que expresaban en depurado estilo y brillante concepción.

Rodeados fueron por esta sociedad ansiosa de luces, invitados por el Virrey Mendinueta a quien recónditos pensamientos políticos le hicieron suspicaz y precavido con tan queridos huéspedes; animaron los salones discretos y elegantes de la sociedad y hasta los humildes, que no podían entender la alta calidad mental de los viajeros, registraron en sus diarios íntimos el acontecimiento como lo hizo el maestro sastre José María Caballero que anotó lo que mejor se acomodaba con su genio: “Julio. A 6 entró en Santa Fe el Barón (sic); trajo una lira, la que tocaba muy bien, instrumento que aquí no se había visto. Se infiere que era emisario”.

Como un oráculo les escuchó la inflamada juventud estudiantina. Los hombres de luces les admiraron entusiasmados; todos quisieron conocer a los dos sabios; estar cerca para escuchar sus disertaciones y recibir el estímulo para continuar fomentando las ideas progresistas que animaban al Nuevo Reino. A Humboldt se le podría considerar a manera de cofundador de la célebre tertulia del *Buen Gusto*, de la que fue animadora la culta

dama doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique, y que tanta influencia tuvo en la cultura de la capital del virreinato. En su salón conoció entre otros a Camilo Torres de quien escribió la más excelente semblanza, maravillado de su insigne organización mental. Jamás recató su admiración por tantos próceres como tuvo la oportunidad de conocer y de tratar desprevénidamente o apreciarlos por sus obras y trabajos en el campo científico, como le ocurrió con Francisco José de Caldas, aun antes de conocerlo personalmente. En el hijo de Popayán adivinó al genio, nunca encubrió la admiración que su caso intelectual le produjo; si chocó su temperamento por razones de índole puramente humana, en los escritos, diarios y producciones del prusiano no falta honroso lugar para el criollo ilustre. A su vez Caldas quien, pasado el turbión del desencanto, había cifrado, con suma de razón, su mayor triunfo en trabajar por unos meses al lado del genial berlinés, solo tuvo para él, para sus ideas científicas respeto, admiración y elogio como lo demuestran muchas páginas de su valioso *Semanario del Nuevo Reino de Granada*.

Por espacio de dos meses Humboldt y Bonpland honraron la capital del virreinato. En ella trabajaron por el progreso del país y buscaron ser útiles a un pueblo que de tal manera supo distinguirlos y amarlos. Además de la carta del río Magdalena, el Barón trabajó una excelente memoria sobre las salinas de Zipaquirá. Visitó la laguna de Guatavita y el célebre salto de Tequendama; herborizó en las cercanías de Santafé en compañía de Francisco Javier Matís, y con su pluma dócil trazó bocetos o esquemas geográficos con suma habilidad de las bellezas naturales del virreinato. En su modesto colaborador Matís apreció todas las cualidades de la escuela de Mutis; con Bonpland le dedicó su nuevo género *Matisia* y lo consagró luego en carta a Wildenow suscrita en Méjico el 20 de abril de 1803: Matís, le *premier peintre de fleurs du monde et un excellent botaniste a Santafe, élève de Mutis*".

El 8 de septiembre de 1801, cuajados de lágrimas los ojos, el venerable Mutis vio partir a los dos viajeros a quienes con sus cartas, recomendaciones y todo género de cariños, siguió con ternura paternal a través de las rutas tremendas que les llevaban a Popayán y Quito. Donde quiera que llegaban eran sorprendidos por los *chasquis* del doctor Mutis, por las atenciones

prevenidas por Pombo, el gran señor de Cartagena de Indias y las que el señorío santafereño les brindaba en sus haciendas como los Lozanos y Caycedos.

Las cartas de Mutis lo dicen todo:

“Señor Barón de Humboldt.

“Mi estimadísimo amigo y señor:

“Voy siguiéndole a vuesamerced los pasos mentalmente, ya que no puedo hacerlo con mi persona. Mi corazón persevera enternecido con los últimos abrazos, y necesito violentarme para que mis ojos no publiquen sus ternuras. Tal es la impresión que ha grabado en mi corazón el amabilísimo trato familiar de un amigo que hizo tantos sacrificios para conocerme y honrarme!...”.

“Adiós, mi amabilísimo señor Barón, hasta la que le seguirá a ésta alcanzándolo en Cartago. Mis tiernas memorias y cordialísimas expresiones a mi muy amado Bonpland. Nuestro común amigo Escallón los acompaña igualmente. Entretanto, mande vuesamerced, con la satisfacción de que soy y seré siempre cual vuesamerced me ha conocido... .

“Santafé, 12 de septiembre de 1801”.

“Mi estimadísimo amigo y señor:... .

“Después de nuestra triste y necesaria separación, he recibido tres apreciables cartas de vuesamerced, una desde Contreras y dos desde Ibagué. Todas sirvieron para endulzar mis amargas memorias. Si las gentes de Santafé y las señoras principales, entre quienes se han distinguido la Lozano y la Santa María, han sentido la ausencia del amabilísimo Barón, ¿cuantos motivos hay para reunir en mí los sentimientos de todos? En la última correspondencia ha resonado por la ciudad el nombre de Humboldt, alegrándonos de ver sus elogios merecidos y publicados en *El Mercurio* de enero, y en el capítulo de Berlín de la *Gaceta*, 23 de abril”.

Mas el clímax de la manifestación de este paternal afecto, tan justamente despertado por Humboldt en el sabio maestro, lo pondera la postrera carta conocida, de las numerosas que de-

bió escribirle don José Celestino. Refiérese en ella a la proposición que el hizo de llevar a su lado, mientras continuara su viaje por América, la severa y genial juventud de Francisco José de Caldas, de quien Mutis, sin conocerlo sino de oídas y por alguna carta, se constituyó en decidido protector hasta hacerlo uno de sus predilectos colaboradores. La humildad del sabio Mutis corre parejas en esa carta con la calidad de su amistad sin par, que no quiso ver sacrificada por un incidente de tan humana explicación. Es bien sensible que falten del archivo de Mutis las cartas de Humboldt, acaso desaparecidas para siempre, lo mismo que las que éste escribiera al señor Pombo, que, día a día, al igual de Mutis, le siguió con sus cartas en su itinerario austral. El bello diálogo que se adivina por las expresiones del Director de la Real Expedición Botánica de Santafé de Bogotá, queda así fatalmente trunco, pero se prolonga en las obras geniales de Humboldt y Bonpland y en los términos con que el prusiano se refirió en lo venidero a la grandeza mental del más insigne civilizador del Nuevo Reino de Granada.

De tal manera el primer fruto científico de la inolvidable expedición, *la Geografía de las Plantas o cuadro físico de los Andes equinociales y de los países vecinos, levantado sobre las observaciones y medidas hechas en los mismos lugares desde 1798 hasta 1803, y dedicado, con los sentimientos del más profundo reconocimiento, al ilustre Patriarca de los Botánicos D. José Celestino Mutis, por Federico Alejandro, Barón de Humboldt*. Con la efigie del preclaro sacerdote gaditano honraron el tomo primero del más sazornado fruto de las tareas botánicas realizado con la incomparable colaboración de Aimé Bonpland, *Plantas Equinociales*, publicado en París en 1808, el año mismo de la muerte de tan insigne hombre de ciencia a quien también dedicaron la obra *Comme une faible marque d'admiration et de Reconnoissance*.

La última carta de Mutis a Humboldt que ha llegado a nuestro conocimiento, a la cual nos hemos referido, concluyó así:

“De cuántas noticias de mi satisfacción me ha privado el señor Barón, por tan dilatado silencio. Ameme vuesa merced como le amo; y si vuesa merced ha concebido algún agravio en mi indiscreta propuesta, merezca yo la indulgencia de tan generoso amigo, a quien he amado y amaré cordialmente todo el resto de mi vida.

“Mis tiernas expresiones al amabilísimo Bonpland, y vuesa-
merced mande con satisfacción, pues soy . . .

“Santafé, 21 de mayo, 1802”.

De la ciudad de Quito prosiguieron los viajeros sus agobio-
doras jornadas hasta arribar, por fin, a Lima, término austral
de sus investigaciones. Desde aquí, antes de embarcarse para
Guayaquil de donde continuaría rumbo a Méjico, el Barón es-
cribe una larga carta al Virrey de Santafé don Pedro Mendi-
nueta, dándole pormenorizada cuenta del itinerario seguido des-
de Santafé de Bogotá y para agradecer, una vez más, también
en nombre de sus compañeros, tantos favores recibidos, así co-
mo por las altas recomendaciones para los gobiernos de Quito
y Lima que tanto contribuyeron a hacerlas tan útil y tan grata
su estancia en las dos importantes ciudades. El señor Mendi-
nueta, a fuer de hidalgo no dejó percibir a los viajeros las pre-
cauciones políticas de que les hizo rodear en todas partes. Nin-
guna fue precisa para celar la infatigable tarea de los dos ex-
ploradores que encontraron un mundo próximo a irrumpir en el
concierto de las naciones libres, con el ímpetu de sus volcanes
ecuatoriales. Nuevo Mundo cuya naturaleza y cuyo espíritu des-
plegaron los dos sabios ante el atento europeo para quien, hasta
entonces, eran territorios vedados a su anhelo científico y a su
ambición expansionista.

Los dos jóvenes descubridores de tanto tesoro escondido
en la naturaleza o inédito en las carpetas y papeles de hombres
memorables como Mutis, pudieron expresar plenamente su gra-
titud hacia la España decadente de Carlos IV, que si agonizaba
en la Península florecía, cargada de esperanzas, en los dominios
de ultramar.

“Le ruego, dice Humboldt al Director del Jardín Botánico
de Madrid, dé a conocer nuestro reconocimiento por los innume-
rables favores que debemos a los españoles en todas las partes de
América que hemos visitado; seríamos ingratos si no hiciéramos
los mayores elogios de la generosidad de la nación española
y de su gobierno, que no ha cesado en honrarnos y protegernos”.
Pasarían varios lustros, mas la memoria de Humboldt no se bo-
rraría jamás en el inquietante Nuevo Reino de Granada, cuando
el grande hombre lo encontró en trance inminente de revolu-
ción y de transformación democrática.

El interrogante que en su tertulia de París hiciera en 1805 a un impetuoso joven caraqueño acerca de cuál sería el hombre capaz de realizar la libertad de los dominios españoles de ultramar, había hecho el milagro de troncar la aparente frivolidad moceril del rico heredero mantuano en el Libertador y Padre de la Patria.